

CAPITULO VIII.

ALFONSO II. EN ASTURIAS: ALHAKEM I. EN CORDOBA.

De 802 á 843.

Recobra Alhakem una parte del territorio perdido en la España Oriental.—Noche horrible y trágica en Toledo. Espantoso espectáculo.—Crueldad abominable del wali Amrú —Sublevacion en Mérida apagada. La bella Alkinza.—Conspiracion en Córdoba contra el emir. Otra catástrofe sangrienta.—Carlo-Magno y su hijo Luis de Aquitania intentan en vano por tres veces distintas tomar á Tortosa.—Frústrase otra expedicion de los francos contra Huesca.—Invasion de Ludovico Pio, rey de Aquitania, hasta Pamplona. Sus esquisitas precauciones al regresar por Roncesvalles.—Triunfos del rey Alfonso el Casto en Galicia sobre los árabes.—Famosos rescriptos de Carlo-Magno y Luis el Pio en favor de los españoles de la Marca Hispana.—Abdicacion del emperador Carlo-Magno en su hijo Luis.—Alhakem proclama sucesor del imperio á su hijo Abderrahman.—Muerte de Carlo-Magno, y division de sus estados.—Horrorosas escenas en Córdoba. Suplicio de trescientos nobles musulmanes. Famosa destruccion del arrabal. Emigracion de veinte mil cordobeses.—Misantropia de Alhakem: sus demencias: su muerte.—Alfonso el Casto: funda y dota la catedral de Oviedo.—La cruz de los Angeles.—Invencion del sepulcro del apóstol Santiago.—Se erige en catedral el templo de Compostela.—Restablece Alfonso el orden gótico en su reino.—Ultimos hechos de Alfonso el Casto: su muerte.

Dominaba Alfonso el Casto en el segundo año del siglo IX. ademas de las Asturias, el país de Galicia hasta el Miño, algunos pueblos de lo que despues fué Leon y Castilla, la Cantabria y provincias vascas, de-

bilitándose su accion en estas últimas hasta perderse en la Vasconia, que á veces se sometia á los sarracenos ó se aliaba con ellos ó con los francos, ó se mantenian libres algunas de sus comarcas el tiempo que podian. Las ciudades de la Lusitania, poseidas por los árabes, pero expuestas á las irrupciones de los cristianos de Asturias, solian mudar frecuente aunque momentáneamente de dueño, segun los varios sucesos de la guerra. Los musulmanes acababan de ver desmembrarse una buena parte de su imperio por una y otra vertiente del Pirineo Oriental, y la conquista de Barcelona aseguraba al hijo de Carlo-Magno el territorio español que con el nombre de Marca Hispana se extendia desde las fronteras de la Septimania hasta Tortosa y el Ebro, y constituia una parte integrante de la Marca Gótica.

No se comprende la causa de haber estado el emir Alhakem tan remiso en socorrer á los apurados defensores de Barcelona. Acaso no le pesaba ver comprometido á aquel Zaid que antes habia cometido la imprudente ligereza de ofrecer la entrega de la plaza á Carlo-Magno. Es lo cierto que todo estaba terminado ya cuando el emir se movió con su ejército á Zaragoza. No fué, sin embargo, estéril esta expedicion. Procedió primeramente á ocupar á Pamplona que no perdonaba ocasion de desprenderse del dominio musulman, y descendiendo por las riberas del Ebro pasó á Huesca, cuyo wali Hassan era de aquellos que se

ofrecían á musulmanes y á cristianos, y no guardaban fé ni á cristianos ni á musulmanes. Y habiendo restablecido allí su autoridad y acaso decapitado al walí (de quien por lo menos no volvió á saberse), dedicóse á exterminar al famoso guerrillero mahometano Balhul, que desde Tarragona, la antigua ciudad de los Escipiones y de los Césares, ahora guarida de un bandido musulmán, con sus bandas de cristianos, gente rudá y montaráz de los Pirineos, sorprendía las guarniciones musulmicas de las comarcas del Ebro, vejaba las poblaciones y devastaba los campos. Pudo el emir apoderarse fácilmente de Tarragona que se hallaba desmantelada de muros, pero habiéndose corrido Balhul hácia Tortosa, allí le persiguió el emir, que despues de darle muchos combates parciales logró al fin vencerle en formal batalla, no sin esfuerzo grande, que no menos de catorce horas se sostuvo peleando con impavidez el rebelde caudillo musulmán. Cayó por último vivo en manos del emir, que instantáneamente y en el acto le hizo decapitar (803). Con esto y con proveer á la seguridad de la frontera, sin intentar por entonces recobrar á Barcelona, regresó Alhakem por Tortosa, Valencia, Denia y el país de Tadmír á Córdoba, desde donde envió una embajada (804), con un séquito de quinientos caballeros andaluces, al jóven Edris ben Edris que acababa de ser proclamado emir independiente del Magreb, ofreciéndole su amistad y alianza, que importaba mucho

á los Omniadas de Córdoba fomentar todo lo que fuese desmembrar el imperio de los Abassidas de Oriente⁽¹⁾.

Una série de horribles tragedias, tan espantosas que las tomáramos por ficciones de imaginaciones sombrías sino las viéramos por todas las historias árabes confirmadas, señalaron el resto del reinado del primer Alhakem.

Atónitos y helados de estupor se hallaron una mañana los moradores de Toledo al ofrecerse á sus ojos el sangriento espectáculo de cuatrocientas cabezas separadas de sus troncos y destilando sangre todavía. El espanto se mudó en indignacion al saber que aquellas cabezas eran de otros tantos nobles toledanos. ¿Quién habia sido el bárbaro autor de aquella horrosa matanza, y cuál la causa del espantoso sacrificio?

Recordará el lector que cuando el walí Amrú rescató á Toledo del poder del rebelde Ambroz cuya cabeza llevó al emir hallándose en Chinchilla, habia dejado por gobernador de la ciudad á su hijo Yussuf. Este inexperto y acalorado jóven habia con sus violencias y su imprudente conducta exasperado en tal manera á los toledanos, que llegó á producir un tumulto popular en que su alcázar, su guardia, su vida

(1) Este Edris ben Edris, segundo emir independiente de África, fué el que despues en 807 (191 de la hegira) edificó la ciudad de Fez, que vino á ser capital de un imperio.

misma corrieron inminente riesgo. Interpusiéronse los jeques y principales vecinos, y lograron apaciguar la tumultuada muchedumbre. Mas sabiendo que el imprudente walí intentaba hacer un ejemplar escarmiento en los sublevados, y temiendo que provocara nuevos desórdenes y desafueros, apoderáronse ellos mismos del temerario Yussuf, y encerráronle en una fortaleza, enviando luego un mensaje al emir en que le participaban respetuosamente lo que se habian visto forzados á hacer para sosegar al irritado pueblo. Recibió el emir estas cartas cuando iba á Pamplona, enseñóselas á Amrú, el padre de Yussuf, y despues de haber acordado sacar á Yussuf de Toledo, donde su presencia era peligrosa, y dádole la alcaldía de Tudela, Amrú, disimulando el agravio, se convidó á reemplazar á su hijo en el gobierno de Toledo, á lo cual accedió el emir.

Oculto llevaba ya Amrú un pensamiento de venganza contra los nobles toledanos que habian sabido enfrenar á su desacordado hijo. Meditaba una ocasion, y quiso que fuese estruendosa y solemne. Enviaba Alhakem á la España Oriental cinco mil caballos andaluces al mando de su hijo Abderrahman, jóven de quince años. Al pasar la hueste cerca de Toledo salió Amrú á rogar al jóven príncipe se dignára entrar en la ciudad y descansar algun dia en su alcázar. Aceptó Abderrahman la invitacion, y se hospedó en casa del walí, el cual para obsequiar al ilustre huésped dispuso

para aquella noche un magnífico festin, á que convidó á todos los vecinos mas distinguidos y notables de la ciudad. Acudieron estos á la hora señalada. Al paso que los convidados entraban confiadamente en el alcázar, apoderábanse de ellos los guardias de Amrú, conducíanlos á una pieza subterránea, y allí los iban degollando. El trágico término del festin le pregonaban á la mañana siguiente las cuatrocientas cabezas que el bárbaro Amrú hizo enseñar al pueblo para inspirarle terror. ¿Qué parte habian tenido en la horrenda matanza Alhakem y su hijo? Si el emir no la habia ordenado ó consentido, por lo menos asi se divulgó por la ciudad, y gran parte del odio y de la animadversion pública cayó sobre él (805). En cuanto al jóven Abderrahman, no se le creyó participante de la negra traicion. A los tres dias salió con su hueste en direccion de Zaragoza (1).

Amagaba casi al mismo tiempo en Mérida otra catástrofe, que acertó á evitar la resolucion animosa de una muger. Esfah, el primo y cuñado de Alhakem, que tenia el gobierno de aquella ciudad, habia destituido á su wazir, el cual persuadió al emir de Córdoba que su destitucion envolvía de parte de Esfah el proyecto de sustrarse á la autoridad del emirato y de proclamarse independiente. Creyólo Alhakem, y á su vez ordenó la separacion de Esfah. Negóse éste

(1) Conde, cap. 32 y 33.

á obedecerle diciendo: «pues qué, ¿asi se depone á un nieto de Abderrahman como á un hombre vulgar?» La respuesta excitó la cólera de Alhakem, que partió al punto á Mérida, resuelto á hacer un ejemplar escarmiento en el soberbio walí. Guerra terrible amenazaba á Mérida sitiada por el ejército de Alhakem, desgracias y desórdenes se temian dentro de la poblacion, cuando por una de las puertas de la ciudad se ve salir montada en un fogoso corcél una muger árabe lujosamente vestida, que acompañada de dos solos esclavos atraviesa impávida el campo de los sitiadores, y se dirige y llega hasta el pabellon del emir. Era la bella y virtuosa Alkinza, hermana de Alhakem y esposa de Esfah, que con varonil resolucion habia salido á interceder y con elocuente persuasiva pedia gracia al ofendido hermano en favor del desobediente marido. Dejóse vencer Alhakem á pesar de la acritud y aspereza de su genio, y se conjuró y desyaneció la tempestad. Juntos y en armonía entraron los dos hermanos en Mérida, y Esfah que no esperaba sino ser decapitado si caia en manos del emir, le tuvo hospedado en su casa y recibió de él la confirmacion de su autoridad. Convirtiósse en alegría y fiesta lo que se creyó que ocasionaria solo llanto y luto, y Mérida bendecia á la noble y hermosa Alkinza (806).

Mas si la borrasca de Mérida se habia conjurado por la mediacion benéfica de una muger, otra tan

terrible como la de Toledo se preparaba en Córdoba, que ayudó á estallar el maléfico soplo de un hombre instigador. Una conspiracion se habia fraguado en la capital del imperio contra el aborrecido emir. Cassim, su primo, habia fingido entrar en ella, y bajo la fé de conjurado le habia sido confiada la lista de los conspiradores, que eran hasta trescientos caballeros de los principales de Córdoba. El desleal Cassim escribió reservadamente á su primo que se hallaba en Mérida, indicándole lo que pasaba y excitándole á que sin pérdida de tiempo se trasladase á Córdoba para castigar á los conjurados. Asi lo ejecutó el colérico emir. Dos dias antes que hubiera de estallar la conspiracion, Cassim que estaba al corriente de todos sus planes y pasos entregó á su primo la fatal nómina, previniéndole que no se descuidase en hacer lo que convenia. «No se durmió el rey, añade la crónica, y por diligencia del *walilcodá*, ó presidente del consejo, á la tercera vela de la noche *vió tendidas sobre sus alfombras las trescientas cabezas de los conjurados*, y mandó que amaneciesen puestas en garfios en la plaza, y escrito sobre ellas: *Por traidores enemigos de su rey*. Horrorizó al pueblo este atroz espectáculo, ignorando la mayor parte la causa de este escarmiento (1).» ¡Asi practicaba Alhakem los humanitarios consejos que su padre le habia dado al tiempo de morir!

(1) Conde, cap. 34.

Después del viage de Alhakem á las fronteras del Ebro, los vascones y pamploneses parece se habian desprendido de nuevo de la sumision á los árabes uniéndose al rey de Aquitania, y en Galicia los caudillos musulimes habian concertado ya una tregua de tres años con los cristianos del rey Anfús (Alfonso): que de esta manera se entablaban ya negociaciones entre el pueblo conquistado y el pueblo conquistador ⁽¹⁾.

Donde mas viva se mantenía la guerra, aunque en parciales choques y sin resultados sustanciales, era en el territorio que entre el Pirineo y el Ebro se conocia ya con el nombre de Marca Hispana, siendo ahora Barcelona el baluarte principal de los franco-aquitianos, como antes lo habia sido de los árabes, y sirviendo á estos de apoyo la plaza de Tortosa, que como llave del Ebro y el punto mas avanzado que les quedaba ya de aquella frontera se habian dedicado á abastecer en abundancia y á fortificar con esmero. Era tambien por lo mismo el punto en que tenia clavada su vista Carlo-Magno desde su palacio de Aquisgran. Asi en cumplimiento de sus órdenes, de que era su hijo Luis de Aquitania dócil ejecutor, salieron en 809 de Barcelona dos cuerpos de ejército á poner sitio á Tortosa, el uno á las inmediatas órdenes del mismo rey Luis, el otro á las de Borrell, marqués de

(1) Eginharb, ad ann. 806.—Conde, ubi supra.

Gothia, de Bera, conde de Barcelona, y de otros condes de la Marca de España. El primero recobró de paso á la desmantelada Tarragona, tomó algunas fortalezas, destruyó otras, incendió y saqueó las poblaciones del tránsito, y se puso sobre Tortosa. El segundo, después de una correría hasta el Guadalope cuyos romancescos pormenores é incidentes se complacen las crónicas francas en contar, logró al fin incorporarse con el primero ante los muros de aquella plaza, cuyo asedio emprendieron con vigor. Mas habiendo acudido desde Zaragoza el joven príncipe Abderrahman, junto con el walí de Valencia, dieron tan impetuosa acometida á los cristianos, que haciendo en ellos no poca matanza obligaron á los francos á tomar el camino de Barcelona con mas precipitacion de la que competia á soldados de Carlo-Magno, á tantos condes acreditados de guerreros y á un rey tantas veces victorioso cual era el hijo del emperador.

Ganó con esto no poca fama entre los suyos el joven Abderrahman, que apenas frisaba entonces en los 19 años. Mas en vez de recoger los frutos de su primera victoria, corrió á recoger aplausos en Córdoba, siendo nombrado en su lugar walí de Zaragoza el famoso Amrû, el verdugo de Toledo (809). El gobierno de Zaragoza era tentador para un musulman del temple de Amrû. Distante del gobierno central, y comprendiendo bajo su dependencia porcion de ciudades importantes de las fronteras de la Marca y de la Vas-

conia, comprendió Amrú el partido que de su nueva posición podía sacar, haciendo un doble papel con el emir su señor y con Carlo-Magno, el jefe de la cristiandad. Y como por muerte del conde franco Aureolo se apoderase bruscamente de las plazas de la Marca, por un lado escribía al emir poniendo á su disposición con la alegría de un celoso musulman su nueva conquista, mientras por otro despachaba un mensaje á Carlo-Magno ofreciendo ponerse á su servicio: mensaje en que el emperador creyó de lleno, correspondiéndole con otro y enviándole legados para acordar la ejecución de lo prometido. Pero el astuto y falaz moro manejóse con tal maña, que los legados hubieron de volverse sin llevar otro resultado que buenas y muy atentas palabras y nuevas promesas.

De todos modos no desistía Carlo-Magno de su empresa sobre Tortosa. Además de la importancia de la plaza, el honor de las armas francas se hallaba empeñado en ello. Así al año siguiente (810), dispuso otra expedición, que encomendó, no ya á su hijo, á quien destinó á defender las costas de Aquitania de las depredaciones de los normandos, sino á Ingoberto, uno de los leudes de su mayor confianza. Otra vez partieron de Barcelona dos cuerpos de ejército. Singulares eran las precauciones con que marchaban. Caminaban solo de noche, muy en silencio y por desusadas veredas; ocultábanse de día en los bosques; ni llevaban tiendas, ni encendían fuego; pero iban pro-

vistos de unas barcas de cuatro piezas, que se armaban y desarmaban fácilmente, y podían ser trasportadas en acémilas, con las cuales atravesaron el Ebro. ¿De qué les sirvieron tan esquisitas precauciones? El walí de Tortosa Obeidalah los hizo retirarse de delante los muros de la plaza tan vergonzosamente como la vez primera. El leude Ingoberto no fué mas afortunado que lo había sido el rey Luis, y las huestes del gran emperador cristiano volvieron á la Aquitania con gran prisa y no poco bochorno ⁽¹⁾.

A pesar de tan mal éxito, y cuando menos el emperador Carlo-Magno podía esperarlo, recibió en Aquisgran una diputación del emir Alhakem proponiéndole la paz; y es que el emir, fatigado de guerrear con los cristianos de Galicia, conocía lo difícil de sostener á un tiempo las dos luchas de Oriente y Occidente. Aceptóla Carlo-Magno; si bien una expedición marítima de los árabes á la isla de Córcega dependiente del imperio, sirvióle de pretexto para romperla antes de trascurrir un año. Y fijo en su idea favorita de tomar á Tortosa, un nuevo y mas numeroso ejército que los dos anteriores, al mando otra vez de Luis el Pío, partió en dirección de la codiciada ciudad. Provisto esta tercera vez Ludovico de todo género de máquinas de batir, hizo jugar contra la plaza por espacio de cua-

(1) Anon. Astronom. Vit. Ludovici. — Eginhard. Annal. — Er- mold. Nigell. — Fauriel. Hist. de la Gaul. tom. 3. — Murphy. — Conde.

renta días. Una sumision, menos real que ilusoria, de parte del walf Obeidalah, que ofreció entregar las llaves de la ciudad, y que debió ser uno de tantos ardides que los sarracenos solian emplear en los casos apurados para entretener al enemigo, fué bastante para que el rey Luis regresára á Aquitania sin que de esta tercera expedicion hubiera recogido fruto alguno que por positivo y duradero pudiera tenerse (1). Tanto que, picado el emperador su padre del poco resultado de esta empresa, envió en el mismo año de 811, otro cuarto ejército á la Marca de España á las órdenes del conde Heriberto, que esta vez parecia dirigido menos contra Tortosa que contra Huesca y los demas puntos que antes habia poseido Aureolo y de que se habia apoderado despues Amrú, á quien acaso iba á pedir cuenta de la falta de cumplimiento de su promesa y de su conducta ambigua y falaz.

Tampoco fué esta invasion mas feliz que las tres primeras. Desgraciadas fueron estas tentativas de los francos, y ni Carlo-Magno, ni su hijo, ni sus leudes y condes ganaron en ellas gran reputacion.

Ni fueron tampoco mas afortunados en otra incurcion que al año siguiente (812), hizo el rey de Aquitania á otra comarca de nuestra Península, tiempo hacia de los monarcas francos codiciada, la Vasconia

(1) Solo su biógrafo habla de la entrega de la ciudad: ningun otro historiador ni árabe ni franco confirma esta noticia, y los sucesos posteriores demuestran que Tortosa continuaba en poder de los árabes.

española. Los vascones de la otra vertiente del Pirineo se habian alzado hostigados por las vejaciones que sufrían del gobierno de Aquitania. El rey Luis habia marchado en persona contra ellos y sometidos por la fuerza. Despues de lo cual determinó venir á la Vasconia ultrapirenaica, que ya comenzaba entonces á llamarse Navarra. Conocia el espíritu indócil de estos habitantes, que en su independiente altivez, si en algunas ocasiones como en 806 se amoldaban á la alianza de los galo-francos para sacudirse de los sarracenos, nunca de buena voluntad toleraban el influjo de gente estraña, aunque fuesen cristianos como ellos, y solo la necesidad los hacia valerse alternativamente del apoyo de unos y otros, mientras de unos y otros hallaban oportunidad de descartarse. Venia Luis con objeto de afirmar aqui su autoridad, y entrando por San Juan de Pie-de-Puerto, llegó sin obstáculo á Pamplona por el mismo camino que treinta y cuatro años antes habia traído su padre. Ni en la ciudad, ni en su comarca encontró resistencia, y arregló el gobierno del pais al modo que en la Marca Hispana lo habia hecho.

Sospechosa se le hizo ya por lo estraña al hijo del emperador aquella conformidad de los navarros, y habiendo determinado regresar á Aquitania por aquel mismo Roncesvalles de tan funesta memoria para Carlo-Magno, no lo hizo sin tomar precauciones para que no le aconteciese lo que á su padre. Y hubiérale suce-

dido sin prevision tan oportuna, por que ya le esperaban los montañeses dispuestos á repetir la famosa caza de Roncesvalles. Pero Luis hizo reconocer y ojear antes los montes y collados, y las cañadas y valles por donde tenia que pasar, y como hubiese caido en poder de los exploradores un navarro que tomaron por caudillo de aquellas gentes, hizole colgar de un árbol, y apoderándose en seguida de las mugeres y niños de algunas poblaciones de aquellos valles, mandó el rey colocarlos en medio de las filas de su ejército, y asi atravesaron aquellos desfiladeros terribles hasta llegar á sitio en que no pudieran ya ser sorprendidos. Tan temibles se habian hecho los navarros y tan viva se conservaba en la memoria de los francos la derrota de 778 (4).

Mientras de esta manera se libertaba Luis de Aquitania de las asechanzas de los navarros, el jóven Abderrahman, hijo de Alhakem, que habia vuelto á tomar el gobierno de la España Oriental, invadia la Marca Hispano-Franca, recobraba á Tarragona y Girona, llevaba las armas musulmicas hasta la Narbonense, y volvia cargado de riquezas y cautivos: despues de lo cual pasó á las fronteras de Galicia.

(4) Eginbard. Annal.—Astron. lógicas con mezcla de no pocas fábulas. La invasion de Carlo-Magno Anon.—El cap. 14 del libro VII. que Mariana dedica á hablar de la venida de Carlo-Magno á España abunda, como hemos dicho, de inexactitudes históricas y cronológicas con mezcla de no pocas fábulas. La invasion de Carlo-Magno en 778, y la batalla de Roncesvalles la supone en 812 ó 14, y no habla de la de su hijo Luis el Bondadoso.

Fatigaba á Alhakem y apuraba su paciencia la guerra que por esta parte le hacian los cristianos; tanto que de vuelta á Córdoba en 811, encomendó su direccion á los dos mas bravos generales del ejército musulman, Abdalá y Abdelkerim. Alentados estos con algunos sucesos parciales, llevaron sus campamentos hasta el otro lado del Miño, internándose asi imprudentemente en comarcas montañosas que no conocian bien. El resultado de esta imprudencia vino á serles fatal. Dejemos á sus historiadores que lo refieran ellos mismos. «Al año siguiente, «dice la crónica arábica (813), vencieron los cristianos al caudillo Abdalá ben Malehi en la frontera de Galicia, y sufrieron los musulimes cruel «matanza, y el esforzado caudillo Abdalá murió peleando como bueno, y su caballería huyó en desorden, llevando el terror y el espanto á la hueste que «acaudillaba Abdelkerim, y á pesar del valor de este «caudillo huyeron desbaratados, y por huir se atropellaban, que muchos murieron ahogados en la «corriente de un rio, donde confusamente se arrojaban unos sobre otros: otros se acogian á los cercanos «bosques y se subian sobre los árboles, y los ballesteros enemigos por juego y donaire los asaeteaban y «burlaban de su triste suerte. Cuenta Iza ben Ahmed «el Razi, que despues de esta derrota estuvieron «trece dias ambas huestes á la vista sin osar los cristianos ni los musulmanes venir á batalla: pero que en

«una sangrienta escaramuza que se empeñó por ambas parte, fué herido de un bote de lanza Abdelkerim, y dos dias despues murió (1).»

Nada podria espresar mejor esta solemne derrota de los musulmanes, que las palabras sencillas con que la cuenta el historiador de su nacion, ni nada puede dar idea del pavor que se apoderó de ellos, como presentarlos encaramándose á los árboles y escondiéndose entre sus ramas, y á los cristianos entreteniéndose en cazarlos como si fuesen aves de rapina. Estas dos derrotas se verificaron en Naharon y á orillas del rio Ancéo (2). Debieron á resultas de esta victoria los cristianos posesionarse de todo el pais desde el Miño hasta el Duero, pues cuando Abderahman pasó de la frontera oriental á la de Galicia, dice la crónica que arrojó á los cristianos de Zamora. Entonces fué cuando ajustó con ellos la tregua de tres años. El rey Alfonso el Casto de Asturias era el que guiaba los cristianos de Galicia.

Desde que los franco-aquitianos habian conquistado aquella parte de España que se llamó Marca Hispana, habian acudido á aquel pais muchos cristianos del interior, huyendo del dominio sarraceno. Todos eran alli bien recibidos, porque hacian falta hombres para poblar y brazos para el cultivo de las tierras. En poco tiempo estos activos colonos hicieron

(1) Conde, cap. 35.

(2) Sebast Salmant. Chron.

prosperar la agricultura, pero excitada la envidia y la codicia de los condes, oprimieronlos con impuestos exorbitantes, llegando hasta disputarles la propiedad de sus tierras y la posesion de las ciudades que ellos habian fundado. Quejéronse los maltratados colonos al emperador, el cual los escuchó favorablemente, y en su virtud expidió un *præceptum*, que ahora llamariamos carta, edicto ó pragmática, á los principales condes de la Gothia (1). La tregua recientemente ajustada entre moros y francos dió ocasion á Luis el Pío para poner en ejecucion la carta espedita poco antes por su padre en favor de la poblacion española. El texto del célebre *Præceptum* de Carlo-Magno decia asi, traducido del latin al español.

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu-Santo, Cárlos, Serenísimo, Augusto, coronado por la mano de Dios, emperador grande, pacífico, gobernador del imperio romano, y por la misericordia de Dios, rey de los francos y de los lombardos á los condes Bera, Gausgelino, Gisclaredo, Odilon, Ermengardo, Ademar, Laibulfo y Erlino.

«Sabed que los españoles cuyos nombres siguen, habitantes de los países que vosotros administrais,

(1) Del nombre de esta marca ó territorio, *Gothia*, debió derivarse el de *Cataluña*, que recibió mas adelante la parte española en el comprendida, *Gothland*, palabra teutónica que significa tierra de Godos, se fué latinizando y convirtiéndose en *Gothlandia*, *Gothalania*, *Catalonia*, y despues *Cataluña*.

«Martín, sacerdote, Juan, Quintila, Calapodio, Asin-
 «nario, Egila, Estéban, Rebellis, Ofilo, Atila, Fre-
 «demiro, Amable, Cristiano, Elperico, Homodei, Ja-
 «cinto, Esperandei, otro Estéban, Zoleiman, Mar-
 «chatello, Teodaldo, Paraparius, Gomis, Castellano,
 «Ardarico, Vasco, Vigiso, Viterico, Ranoido, Sunie-
 «fredo, Amaucio, Cazorellas, Langobardo y Zate
 «militares, Obdesindo, Valda, Roncariolo, Mauro,
 «Pascales, Simplicio, Gabino y Salomon, sacerdo-
 «te ⁽¹⁾, han acudido á nos quejándose de las nu-
 «merosas opresiones que sufrían de vosotros y de
 «vuestros oficiales inferiores. Y nos han dicho, así
 «como lo atestiguan los unos de los otros á nues-
 «tro fisco, que ciertos gefes del país los han ar-
 «rojado de sus propiedades contra toda justicia,
 «quitándoles el beneficio de nuestra investidura de
 «que han gozado hace treinta años y mas; represen-
 «tándonos que eran ellos los que en virtud de la li-
 «cencia que les habíamos otorgado habían sacado
 «estas tierras del estado de incultura. Dicen también
 «que muchas ciudades que ellos mismos edificaron
 «les han sido quitadas por vosotros, y que los some-
 «teís á prestaciones injustas, que vuestros huyeres
 «les exigen violentamente y á la fuerza. Por lo tanto,

(1) Entre estos nombres los hay, como advertirá el lector, de origen romano-hispano, como Cristiano, Homodei, etc., otros góticos, como Atila, Elperico, Viterico, etc., y otros también sarracenos, como Mouro, Zoleiman ó Zuleiman, Zate, que acaso sería Zaidé, sin duda musulmanes convertidos.

«hemos dado orden á Juan, arzobispo ⁽¹⁾, nuestro de-
 «legado, de presentarse á nuestro muy amado hijo, el
 «rey Luis, para tratar con él de este negocio cuida-
 «dosa y minuciosamente. Le enviamos, pues, á fin
 «de que llegando oportunamente y compareciendo
 «vosotros por vuestra parte á su presencia, arregle
 «cómo y de qué manera hayan de vivir los españoles.
 «Hemos, no obstante, ordenado expedir estas cartas,
 «y os las depachamos, para que ni vosotros ni vues-
 «tros oficiales subalternos impongais por vosotros
 «mismos censo alguno á los susodichos españoles,
 «venidos á nos de España con confianza, propietarios
 «ahora de yermos ó baldíos que les habíamos dado á
 «cultivar, y que se sabe han cultivado, ni permitais
 «que ellos mismos se impongan ninguno, sino que al
 «contrario, mientras nos sean fieles á nos y á nuestros
 «hijos, lo que han poseído durante treinta años
 «lo posean tranquilos ellos y sus herederos, y vosotros
 «se lo conservais. Y todo lo que hayais hecho vosotros
 «y vuestros oficiales contra justicia, si les habeis to-
 «mado algo indebidamente, lo restituys al momento
 «si quereis obtener el favor de Dios y el nuestro. Y
 «para que deis mas entera fé á este escrito, hemos
 «ordenado que vaya sellado con nuestro anillo.

«Dado el IV. de las nonas de abril, en el año de
 «gracia de Cristo, XII. de nuestro imperio, el XLIV.

(1) Era el arzobispo de Arlés.